

## El retablo de Santa Catalina de León Picardo, en Barbarin

Hace años publiqué en «Archivo Español de Arte» (1945. p. 84 ss.) un artículo dedicado a León Picardo con motivo de la compra por el Museo del Prado de dos importantes obras suyas. Posteriormente Chandler R. Post, que dedicó gran parte de su vida al estudio de nuestra pintura medieval y moderna, dos años más tarde estudió de nuevo al pintor aumentando el catálogo de su obra<sup>1</sup>.

Hace ya algún tiempo mi amigo D. José E. Uranga, entre otras fotografías de retablos por él tomadas, en esa labor admirable de restauración y catalogación que viene realizando del tesoro artístico navarro, me envió una serie, que, desde el primer momento, me parecieron del pintor Picardo establecido en Burgos. Trabajos más perentorios dilataron el escribir unas líneas de comentario para poder reproducirlas en «Príncipe de Viana».

Si, como es posible, todas las tablas fotografiadas pertenecen o pertenecieron a un solo retablo, éste estuvo consagrado a la vida de Santa Catalina, con algunas escenas evangélicas, en su cuerpo, y el Calvario en la espina o remate de la calle central, a más de temas menores en el guardapolvo de encuadramiento.

Las escenas evangélicas son tres: la Anunciación, el Nacimiento y el Calvario. De las dos primeras sólo se conserva algo menos de la mitad superior.

La Anunciación es el mismo tema de una de las tablas adquiridas por el Museo del Prado.

Hasta donde puede juzgarse por este trozo de tabla, Picardo tiene en esta interpretación menos preocupación por el espacio, pues en vez de la puerta que deja ver una gran sala en segundo plano, presenta una ventana con un sumárisimo paisaje. El lecho aparece inmediatamente detrás de María, y el ángel, de manifiesta inspiración manierista, ajusta su cuerpo al ángulo superior izquierdo.

Del Nacimiento puede decirse otro tanto, aunque aún es menos lo conservado, pues apenas pasa de los bustos de la Virgen y de San José. Es composición menos equilibrada, desplazada visiblemente hacia la derecha. Obsérvese que mientras en el Museo del Prado María cede su derecha al Santo, en la tabla de Barbarin sucede lo contrario. Falta la arquitectura ruinosa del portal, que allí sirve de fondo, fondo que aquí presenta a dos pastores, y la escena del anuncio, en el último término.

La tabla del Calvario, contra lo que sucede a las dos anteriores, se conserva íntegramente. Su cotejo con la del mismo tema de la Catedral de Burgos (Post. fig. 253) prueba, al menos en esta ocasión, que el pintor no gusta de repetirse. El cuerpo del Cristo, sobre todo en la parte de las piernas, sí res-

<sup>1</sup> *History of Spanish Painting.*

ponde al mismo modelo, pero el paño de pureza se prolonga en sus extremos, describiendo airoso rizo en el espacio, sin duda debido a que al prescindir de la figura de la Magdalena y ser la tabla menos alargada, dispone de más superficie libre.

El paisaje, de línea de horizonte más baja, está formado por gruesos peñascos.

Las escenas de la vida de santa Catalina son cuatro, lo que tal vez permita suponer que no falta ninguna, opinión que también parece reforzar el hecho de que existan las del probable comienzo y final de su vida, o que, al menos, puedan considerarse como tales.

En efecto, el paisaje más antiguo es el de la Presentación de la Santa. Es un tema típico en que un Santo, como Jesús ante Caifás o Pilatos, es presentado ante quien ha de juzgarle.

Santa Catalina en la interpretación de León Picardo enumera con los dedos sus argumentos, que los tres personajes más parecen escuchar con conmiseración que con odio.

Otra de las tablas representa la conocida escena del frustrado martirio de la Santa en las ruedas con cuchillas. Picardo ha situado a la Santa arrodillada muy en primer plano. Dentro de ese achaparramiento de su canon humano, que tan poco le favorece, tal vez por estar arrodillada resulta una de las figuras mejor proporcionadas del retablo. Su ropaje de mangas acuchilladas es buena muestra de su interés por la moda femenina. Las ruedas contra lo que es frecuente no se tocan, y con curioso afán realista destaca en el primer término del segundo plano uno de los verdugos con tan trágica mueca mortal que trae a la memoria la conocida tabla del mismo asunto de Gallego de la Catedral vieja de Salamanca.

Mucho menos frecuente es la escena de otra de las tablas. Figura el momento cuando santa Catalina dialoga con tres condenados a la hoguera.

La historia final es la de la Decapitación. La figura de la Santa es muy semejante a la del martirio en las ruedas. Pero tanto como en ella ha puesto empeño el pintor en la del verdugo, de retorcida silueta de cierto aire tudesco. Cubre su cabellera con rica redecilla que evoca el recuerdo de la del verdugo del retablo de San Félix de Gerona, de estos mismos años.

Las dos tablas que probablemente formaron parte del guardapolvo están dedicadas al Tetramorfos. Figúrase en la una el Aguila de San Juan y el Angel de S. Mateo, y en la otra el Toro de S. Lucas y el León de S. Marcos. Cada uno de los símbolos de los evangelistas aparecen acompañados por rótulos con los correspondientes letreros alusivos.

En cuanto a calidad, el retablo de Barbarin es del nivel medio de la obra del pintor, en verdad no muy alto.

Ya que tengo esta ocasión de referirme de nuevo a León Picardo, quisiera hacerlo también a varias atribuciones hechas con posterioridad a mi artículo, y que no me parecen admisibles. Se trata de las siguientes: S. Miguel con donante y dos santos de Villarreal de los Infantes, figura de S. Gregorio del Museo de Burgos, Adoración de los Reyes de la Colección Geográfica de Nueva York, y con alguna menos seguridad el S. Martín de S. Martín de Briviesca.